

XXXVIII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"
- Antonio Segado del Olmo -
2022

POMPAS DE JABÓN
FERNANDO MARTÍNEZ LÓPEZ

ACCÉSIT

El 15 de Julio de 2022,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Manuel Vilas, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit Compartido de
la trigésima octava edición al cuento titulado
Pompas de jabón, de Fernando Martínez López.

Fernando Martínez López, nace en Jaén
(1966). Doctor en Ciencias Químicas y profesor de
Educación Secundaria. También fue docente en la
Universidad de León.

Ha publicado las novelas: *El sobre negro*,
Sanchís y la reliquia sagrada, *Sanchís y el pergamino
azul*, *El rastro difuso*, *El mar sigue siendo azul*, *Fresas
amargas para siempre*, *Tu nombre con tinta de café*,
El jinete del plenilunio, *Los últimos recuerdos del reloj
de arena*, *Tiempo de eclipse*. También es autor de la
antología de relatos *Arteratura*.

Ha obtenido varios premios y distinciones
en concursos literarios de narrativa breve, siendo más
de cien los conseguidos.

En la modalidad de novela cuenta con varios
galardones entre los que destaca el Premio
Andalucía de la Crítica y el Premio de novela
Fernando Lara.

POMPAS DE JABÓN

Mi padre decía que cada pompa de jabón contenía un mundo y una historia. Tomaba un vaso con agua, añadía un poco de jabón líquido, untaba en la mezcla el extremo de un canutillo de vidrio y, cuando soplabla con delicadeza, surgía un universo en expansión de fronteras iridiscentes que al cabo se desprendía y flotaba con la ligereza de una nube. Entonces, a mi escasa edad, me contaba: “Esa pompa contiene un país enorme que se llama Rusia. Por sus estepas cabalga un jinete que lleva un mensaje muy importante del zar mientras sus enemigos le pisan los talones”. O bien: “En esta otra distingo una isla desierta. En su orilla reposa el único superviviente de un naufragio y que ahora tiene que ingeniárselas para sobrevivir a la desgracia y a la soledad”. Y señalando otra pompa levitante: “Ahí han encarcelado injustamente a un hombre en el castillo de If, un islote donde braman las olas. Ha sido traicionado por uno de sus amigos celoso de su éxito”. Yo no entendía muchas de las palabras que utilizaba mi padre, eran un lenguaje en clave aún por descifrar, y le preguntaba por el significado de zar, estepa, naufragio y otros términos que eran para mí como una semilla encerrada en su cáscara, pero lo que sí captaba con nitidez cristalina era la pasión con que contaba aquellas historias, tanto que yo las imaginaba reales, y miraba con acentuada atención el interior de esas pompas intentando distinguir hombrecillos, caballos, islas y mares antes de que explotaran dejando tras de sí un rastro jabonoso y la extinción prematura de sus habitantes. Entonces, ante mi desconcierto, mi padre reía, me abrazaba y comentaba que no me preocupara, que fabricaría otras pompas con los mismos o con nuevos personajes y que, incluso, como en un truco de magia, nosotros podríamos introducirnos en una de ellas para vivir apasionantes aventuras.

Tanto lo creí así que el día que mi padre desapareció estuve convencido de que una pompa de jabón lo había aprisionado en su seno. A mi madre se le formaba un rímel de lágrimas cuando se lo contaba, asentía mientras me apretaba contra su perpetuo delantal y me besaba en la cabeza, pero cuando se lo expliqué a aquellos hombres que vinieron a buscarlo me sentí ofendido porque me tildaron de imbécil, y también asustado ante sus miradas torvas, flamígeras, como si en los ojos ardiese un odio hambriento, las bocas ensalivadas como perros de caza

olisqueando a sus presas, sus voces convertidas en ladridos, insultantes, puta, le dijeron a mi madre abofeteándola, una palabra de la que sin conocer su verdadero sentido se me antojaba tan venenosa como la picadura de un escorpión. Luego dijeron más cosas, terribles, ya sabes lo que les pasa a los rojos, y se ponían el dedo índice en la sien simulando un disparo de los que revientan los sesos, mientras revolían hasta el último rincón de la casa en busca de mi padre sin creerse que se lo había llevado una pompa de jabón.

Aquel verano estuvo teñido de la misma tristeza que tuvo que padecer el prisionero del castillo de If. Además de la insoportable ausencia paterna, muchos de mis amigos se volvieron mudos conmigo o bien me llamaban rojo sin que yo supiera el motivo, porque yo no descubría en mi piel cambio alguno de color, y notaba algo así como la asfixia que deben de sentir los peces fuera del agua, un elemento extraño en mi propio pueblo, adueñado del ambiente un aire pútrido que cuando se respiraba producía trasmutaciones terribles en el comportamiento de las personas. Tanto así que tuve mi primer encuentro con la muerte. Fue cuando aquel pobre vecino, amigo de mi padre, que no sé qué mal habría causado a nadie, fue abatido de dos disparos mientras corría perseguido por aquellos hombres con camisas azul mahón, y allí cayó, derregado, la estupefacción en los ojos y la sangre que surgía de su boca formando un barro trágico con la tierra que alfombraba la calle.

Ese mes de septiembre, a mis cinco recién cumplidos, asistí por primera vez al colegio. Allí se intensificó el dolor de la ausencia paterna de tal manera que me pulverizaba, porque él tenía que haber sido el que ocupara el estrado de la clase de los pequeños, los que aún no habíamos aprendido a leer. Su puesto, en cambio, lo ocupó un señor severo que esgrimía la regla con la ligereza de un espadachín para dejar su dolorosa impronta en las manos de los que no se sabían la lección o bien hablaban o no atendían a sus explicaciones. De vez en cuando se vanagloriaba de sus métodos de enseñanza y de paso vapuleaba la reputación de mi padre. Decía, por ejemplo, que nada de estupideces como las del anterior maestro, que qué era eso de enseñar por medio de canciones o versos de García Lorca o salir de excursión al monte para mostrar la naturaleza, o incluso esa tontería, como le habían contado, de que las obras maestras de la literatura, con un

poco de imaginación, pueden ser como pequeños mundos contenidos en pompas de jabón. Cuando se refería a esto último yo sentía un borboteo en la sangre, como si me infectara el mismo aire turbio que invadía el pueblo, pero el maestro no creo que se diera cuenta porque los que éramos llamados rojos ocupábamos las últimas filas, como si fuésemos un apéndice inútil y ulceroso, una cola escamosa de lagarto que, llegado el caso, se pudiera tajar con contundencia de matarife.

Fueron tantos los días que acabé con los ojos inflamados y un nudo en las tripas que aquel colegio de muros de piedra y sus tres aulas se convirtieron en mi particular castillo de If, solo que en mi celda sufría un castigo diferente, más dañino, el que se experimenta en medio de una multitud hostil. Entonces, cuando regresaba a casa, buscaba a mi madre y la abrazaba, y ella me acariciaba la cabeza con aquellas manos ajadas de tanto lavar la ropa de las casas pudientes, tan complicada la vida desde que papá se esfumó. Había que conseguir que regresara, era la única manera de arrancarnos la pesadumbre, esa que era como una ortiga con su poderosa carga urticante capaz de formar ampollas en el corazón. Sí, que papá volviera, ese era el remedio, que, como en uno de sus universos jabonosos, destronara al maestro usurpador, que nuestra familia recuperara esa alegría sencilla y pura de las mariposas al revolotear. Yo se lo decía a mi madre: hay que buscar la pompa en la que se introdujo, y entonces ella asentía en silencio con un llanto lento como el de los carámbanos al derretirse. Pero ¿dónde podría estar flotando esa esfera transparente, ese mundo comprimido e ingrátido? A saber, aunque luego pensé, aterrorizado, que las pompas más pronto que tarde explotaban con la consiguiente aniquilación de sus habitantes, y también pensé, aliviado, que igualmente se podían reconstruir, porque papá me contó las historias del correo del zar, del naufrago y del prisionero en más de una ocasión con pompas diferentes. Bastaría, por tanto, hacerlas de nuevo hasta que apareciera aquella en la que él se encontraba atrapado, más bien escondido de aquellos hombres que vinieron a buscarlo con voracidad de licántropo.

Esa misma noche, con sigilo para no despertar a mamá e iluminado por el tenue resplandor de las ascuas de la chimenea, tomé un vaso con agua jabonosa y el canutillo de vidrio y comencé a soplar con blandura para que las pompas adquiriesen volumen sin estallar. Se liberó una, otra, muchas, y yo miraba muy

adentro sin encontrar nada, tan fracasado como los que buscan la Atlántida. Algo fallaba. Abatido, decidí abandonar aquel vano intento de reencontrarme con quien tanto extrañaba, y sin embargo, fue en ese preciso momento, con un chispazo relampagueante, cuando comprendí dónde residía el problema. Las pompas eran solo eso, pompas, de no ser por la imaginación que aportaba mi padre. Yo solo veía al jinete, al náufrago y al prisionero cuando él me relataba sus peripecias, cuando recreaba estepas nevadas, mares furiosos o islotes escarpados con la perfecta descripción de sus palabras.

Decidí hacer un último intento.

Tomé el canutillo, empapé su extremo y soplé con los ojos cerrados, imaginando qué tipo de mundo habría elegido mi padre para residir en su pompa de jabón. Cuando los abrí, frente a mí flotaba la más extraordinaria y enorme que jamás viera, y no solo eso, sino que en sus profundidades, esta vez sí, pude distinguir a papá. Me sonreía, alargaba su mano, ven, querido hijo, acompáñame a descubrir esta hermosa historia. Fue un momento mágico, introducir primero un brazo, luego el cuerpo entero en aquella gigantesca burbuja sin romper su tensión superficial. Estar de nuevo junto a él tuvo en mi alma un efecto sanador superior al de todos los medicamentos juntos. El lugar donde nos encontrábamos era lo de menos, pero, en efecto, se trataba del que yo había imaginado, nuestro pueblo, eso sí, pincelado de una forma diferente, como si un pintor lo hubiera representado en un lienzo dotado de una atmósfera amable. Mi padre me cogía de la mano y recorríamos sus calles, nos saludaban los vecinos, incluso esos mismos que vinieron a buscarlo a casa la noche terrible. Él descubrió mi desconcierto: “Aquí todavía no ha empezado esa guerra que se ha desatado entre hermanos”, me dijo, y yo recordé lo que les había oído hablar a los mayores, palabras que producían el mismo terror que encontrarse al diablo de frente: fusilamientos, pistolas, traidores, ejecuciones, sangre, muerte... y una España a la que se le reventaban los puntos de sutura que la mantenían unida. Pero enseguida se me borraron de la mente en ese mundo burbuja donde todo era igual y distinto a la vez, porque llegamos al colegio y comprobé que su arquitectura se mantenía impertérrita, pero ni uno solo de mis compañeros me llamó rojo ni tuve que sentarme en la última fila, tampoco en la primera, nada de privilegios por ser hijo del maestro, sí, lo he dicho bien, mi padre volvía a serlo, y en su primera lección

no hizo sino inflar pompas de jabón y contarnos a todos esas aventuras que a mí me relataba en el recogimiento de nuestra casa, pero esta vez hubo algo más porque les puso nombres a los protagonistas que a mí aún no me habían sido revelados, y el correo del zar era Miguel Strogoff, el náufrago Robinson Crusoe y el prisionero Edmundo Dantés, conocido también como conde de Montecristo, y les decía a todos los alumnos: “Fascinaos con estas narraciones, son pura literatura. Hablan de lo bueno y lo malo que los seres humanos podemos llegar a hacer”. Luego, de manera prodigiosa, nos enseñó a todos a leer en una sola mañana y repartió ejemplares de estos libros para que los degustáramos reposadamente en casa. A ella regresamos tras las clases. No obstante, sucedió algo parecido a la escuela, que mantenía su estructura, la idéntica distribución de su mobiliario, y sin embargo había en ella algún elemento indefinido que la hacía distinta. Extraño fue también comprobar que de pronto era de noche, como si una niebla se hubiera apoderado de los relojes y hubiera ocultado el paso de unas cuantas horas. Estábamos junto a la chimenea, al residual calor que las ascuas emitían en el momento en que soplé con habilidad de vidriero la pompa de jabón en la que me había introducido. Mi madre seguiría durmiendo, supuse, y así se lo dije a mi padre. “Déjala que descanse”, contestó, “debe de estar agotada con tanto trabajo, afligida con tanta pena. Ahora tú tienes que cuidarla, porque debo marcharme”. “¡No, espera!”, respondí, “Vivamos los tres en este mundo, es mejor que el otro, el de fuera”. “Eso no puede ser, querido hijo, ya sabes que las pompas de jabón terminan por reventar. Al final todo termina reventando: la paz, la compasión, el sentido común, la vida...”. Y aquella pompa también lo hizo, dejándome a solas en el comedor con un vacío cósmico en el estómago y el recuerdo táctil del beso de mi padre en la frente.

El día siguiente amaneció con una tristeza de ceniza. Yo apenas había conseguido conciliar el sueño tras mi viaje a ese lugar de frontera transparente, giraban en mi cerebro, como el agua de un sumidero, la felicidad y la nostalgia del encuentro paterno, pero debí de quedarme dormido profundamente más tarde porque me sobresaltaron los golpes en la puerta de entrada, las voces graves, desconocidas, y el grito de mi madre proseguido de un llanto desgarrador, como si se rompiera la propia consistencia del espacio y el tiempo. Aquellos hombres

comentaban que habían hallado un cadáver que podía ser el de mi padre, uno de ellos decía haberlo reconocido a pesar de su avanzado estado de descomposición. Se topó con él un pastor, debió de despeñarse mientras se escondía por esos cerros y no ha aparecido hasta ahora, comentaba uno de los hombres, y yo sentía que aquellas palabras eran como las balas que habían liquidado a aquel hombre que corría delante de las camisas azul mahón, que me herían produciéndome una hemorragia profunda que desangraba hasta la última vena de mi cuerpo. No podía ser, yo había estado con mi padre esa misma noche aunque fuese dentro de su nuevo universo flotante, o quizá no, tal vez no fuese sino el producto de esa imaginación necesaria para ver lo que nadie conseguía en el interior de las pompas de jabón. En todo caso, si eso fue así, no podría explicar qué hacían sobre la repisa de la chimenea aquellos tres libros que antes no estaban: *Miguel Strogoff*, *Robinson Crusoe* y *El conde de Montecristo*.

Han pasado más de cincuenta años de estos sucesos. He vivido el duro tránsito de una dictadura nacida de una guerra tan terrible e injustificable como lo son todas. Pero hoy no quiero pensar en esos años de hielo y frío. Por el contrario, hace un día de seda y el sol cosquillea con sus rayos en mi jardín cuajado de buganvillas. Hay una alfombra de brácteas rosas y naranjas dispersas por el suelo. En un sillón de mimbre reposa mi madre, a quien los recuerdos se le van evaporando como el agua de un charco con el inexorable paso del tiempo. No obstante, aunque a veces no me reconozca siquiera, me siento a su lado y empiezo a fabricar pompas de jabón, y le cuento historias fascinantes, historias que son literatura, le hablo de un correo del zar, de un naufrago ingenioso y tenaz y de un prisionero que luego se hizo rico y tomó cumplida venganza, pero no solo de esas obras, sino que me explico en otra que también es literatura, la historia de mi padre y que yo convertí en novela publicándola tras la llegada de la democracia, y para ello sopló la pompa más grande de todas y le digo a mi madre: “Mira en su interior, porque dentro está el hombre que amaste y que te amó. Igual, si te fijas, también puedes verlo con sus hermosas y fascinantes pompas de jabón”.

